

Joaquin Atencia García

Vídeo de Bienvenida

Para el comandante fue un alivio descubrir, al llegar a casa después de una larga jornada pegando voces a los reclutas, cómo su mujer le ponía los cuernos con el fontanero. Llevaba tiempo imaginando excusas para finiquitar aquel matrimonio encadenado al tiempo y el adulterio era la más poderosa de ellas. Aquella tarde, tras varias discusiones trascendentalmente intrascendentes, llamó a su abogado y concertó cita para tratar el divorcio.

El matrimonio vivía en un enorme ático en Diagonal con Aribau, una especie de caverna oscura cargada hasta la saciedad de muebles viejos, cuadros, figuritas de Lladró, lámparas y libros en francés rebozados en mohó. Un pelín *demodé*. Allí tenían dos gatos que habían rescatado de la calle, Loló y Lulú, él muy arisco y ella bastante a lo *femme fatale*. En la cocina hacían vida los cuatro, el comandante y su esposa, hartos de palomitas y viendo la tele, y los gatos pues a lo suyo. Pero un día, como decimos, todo terminó. La esposa del comandante se fue con su nuevo querido, experto en cañerías, así que el comandante, tratando de olvidar todo aquello, cerró el piso a cal y canto- *dejando los gatos dentro*-, preparó sus maletas y se marchó.

La disputa judicial incluía varios miles de euros en materia de pensión compensatoria, un piso en Andorra, un par de coches de alta gama y el domicilio familiar. Se decidió por acuerdo no volver a entrar en aquel piso del demonio durante el tiempo que durara el proceso. Pero claro, las cosas en este país pues van como van: ahora me quiero divorciar, luego me declaro insolvente, un funcionario archiva por el error el proceso, el abogado se deja los papeles o la magistrada que lleva el caso se queda embarazada y toma el asunto un juez sustituto que no tiene ni idea... seremos francos, pasaron diez años.

Pasaron diez años y la sentencia por fin se conoció. Seguro que se preguntarán cual fue el resultado. Pues bien, el comandante demandante consiguió el divorcio y el ático, mientras que, por el contrario, debió abonar una indemnización elevadísima a su exmujer perdiendo además el resto de propiedades. No le importó, después de tanto tiempo vagando por hoteles en los que se sentía un extraño, deseaba volver a su ático rebotante de trastos, Goyas de imitación y vinilos carcomidos de Edith Piaf.

El comandante jamás se había parado a pensar en Loló y Lulú, los gatos que encerró en el ático el día que se marchó, hasta instantes antes de abrir de nuevo su piso. Un tufillo animal le hizo evocar de golpe aquellos dos bigotudos estirados. Cuando empujó la puerta y entró en el rellano se encontró con el espectáculo: el largo pasillo que finalizaba en el salón, estaba repleto de gatos blancos, grises, pardos, negros y moteados, unos encima de otros, casi amontonados; una masa animal engendradora con los años como un enorme hormiguero lleno de pelos y ojos relampagueantes. El comandante se quedó paralizado y de golpe, sintió cómo lo agarraban y lo transportaban como una presa a lo largo del pasillo, entre la oscuridad y los brillos animales.

¡Hunta he, hunta he, hunta he, hunta he! Cánticos tribales explotaban en la cabeza del comandante hasta que, por fin, llegó al salón y fue colocado en medio de un gran círculo formado por los sofás y un par de butacas reclinables. Se escuchaba con gran estruendo, la melodía milagrosa de *“La carga de las Valkirias”* de Wagner. Ahora todo parecía un circo romano, los gatos infestaban las tribunas con gran estruendo, con maullidos de protesta, algunos pidiendo sangre y otros clemencia. *¡Panem et circenses!* Loló y Lulú se erigían como pareja imperial subidos en lo más alto, mirando al comandante como si fuera un gladiador moribundo. Con un gesto, Loló ordenó el silencio de la plebe.

Varias horas pasó el comandante tumbado ante el reino-burdel de los gatos. Los observó con atención: cojos, ciegos, algunos raquíuticos, otros mórbidos; una sociedad decadente, endogámica, destinada al fracaso. Loló y Lulú, los Adán y Eva del reino, inflados como ruedas de trailer transiberiano comían algún bicho muerto desatendiendo la decisión de enjuiciar al intruso que había profanado sus tierras. Más tarde, los *Kings* de la manada seguían a su aire: ella tomando el té, a lo reina de Inglaterra, y él rodeado de varias amantes jovencitas, amantes que no dejaban de ser sus biznietas o algo así. A pesar de aquella relativa calma, el comandante sabía que debía ser juzgado y eso le ponía muy nervioso. Llegó el momento. Loló volvió a subir a lo alto del sillón y todos los gatos empezaron de nuevo con el zumbido de maullidos, bostezos y gritos de “¡Muerte, muerte!”. Loló parecía sonreír ante el comandante en el preciso instante en el que, con su enorme pata, señalaba hacia el suelo, indicando a su prole que el festín debía empezar. La muerte del comandante fue rápida y no debió sufrir mucho, apenas unos segundos. Lo devoraron rápidamente y como en toda sociedad real, reservaron los mejores bocados para los magnánimos monarcas.

Días después del suceso, la hija del comandante alertó a la policía ya que su padre, que acostumbraba a llamarla cada mediodía, no lo había hecho en varias jornadas. El aparato policial actuó con rapidez; a media mañana se presentó una pareja de nacionales que nunca más volverían a ser vistos; esa tarde, tras la noticia de la desaparición de los primeros, un escuadrón perfectamente equipado entró en el reino de los gatos. La batalla terminó pronto; la superioridad de los policías, que sólo sufrieron una baja, se hizo latente. Loló y Lulú, prisioneros en su propio palacio, fueron guillotinado ante el pueblo y hubo jacobinos secretamente satisfechos, gatas de luto llorando y un gato estrafalario con bicornio francés y espíritu revolucionario. Unos seiscientos gatos fueron requisados y transportados a un enorme furgón policial donde permanecieron varios días. En el furgón algunos gatos conspiraban, otros fumaban canutos y maullaban constantemente “*paz hermano*”; también había nazis rubitos que pretendían aniquilar a otros más morenos y de nariz aguileña y éstos, a su vez, se peleaban con unos pobrecitos que lanzaban piedras y llevaban turbante. Y sin Palestinas ni Intifada, todo en el furgón.

Esta historia termina, como han podido comprobar, en un lugar especial: el *Dipòsit de les Aigües*, la (ex)biblioteca de la Universitat Pompeu Fabra. Las autoridades no pudieron convencer a ningún centro de protección de animales para que acogiera a los dulces gatitos, así que dicha solución, que en un principio era provisional, devino definitiva. Y aquí, entre códigos civiles, manuales de microeconomía y el espíritu lloroso del académico fundador de la universidad- *fantasma que todo estudiante ha visto alguna vez durante las largas horas de estudio*-, fueron colocados los gatos. En su nuevo país, formaron varios gobiernos y hubo multitud de golpes de estado y algún que otro mayo del 68 en plan gatuno. Los más ancianos recordaban los tiempos de Loló y Lulú con melancolía, hasta escribieron odas y epopeyas en su honor, obras que fueron colocadas en las estanterías del piso más alto de la (ex)biblioteca, custodiadas por el cadáver del catedrático de historia eslava de la universidad que, por lo visto, fue sorprendido por semejante *boom* gatuno.

El caso del reino de los gatos no tardó en hacerse eco por todo el país. Cientos de autobuses repletos de curiosos llegaron durante años y lo siguen haciendo hoy en día. Al principio, los estudiantes de la universidad se quejaron amargamente, pero ahora que todos están acostumbrados al pestazo a gato, hasta se les ve encantados. Para el turismo

en Barcelona ha supuesto una inyección de una cuantía inenarrable: a nivel mundial, se organizan excursiones, vuelos transoceánicos, escapaditas de fin de semana y todo tipo de actividades turísticas relacionadas. Hasta los japos acuden para hacer fotos, - *porque ya pasan de la Sagrada Familia*- comer sushi y “*wawawiwa otoíto*” y esas cosas que dicen en su idioma. Ahora los niños ya no quieren ir a Disneyland, ahora dicen “*papá, papá, papá ¡llévanos a ver a los gatitos!*” y el padre, como siempre, cierra los ojos, suspira y responde: “*para Navidades, quizás... si mamá quiere*”. Y mamá siempre quiere porque también adora a los gatitos, sobre todo los blancos con manchas negras, aunque conspiran en secreto y se envenenen con cicuta unos a otros.

Todo ocurre en el antiguo *Dipòsit de les Aigües*, otrora albergue de efluvios potables, otrora custodio de saberes centenarios, de arcos infinitos, de piedras frías y clarosucos divinos. A día de hoy, ningún estudiante canta en voz baja sus lecciones, si acaso se escuchan sonidos de flashes y *miaus*, ya nadie penetra en él con total libertad, ahora los visitantes deben pagar- *como han hecho ustedes*- los veintinueve euros con cincuenta céntimos que vale la entrada, si bien ya saben que el acceso es gratis para menores de cinco años y que tenemos un treinta por ciento de descuento para los jubilados y un cincuenta por ciento para los veteranos del Vietnam.

(Un toque de trompeta que proviene de un enorme altavoz asusta a los visitantes que apuran sus refrescos, resoplan y se impacientan por la duración excesiva del vídeo de bienvenida, mientras la voz en off entona lo que parece ser el final de su historia)

Señoras y señores, niños y niñas, se encuentran en el lugar donde la ficción fue aniquilada por la musculosa realidad, en el lugar donde los sueños sí se hacen verdaderos... ¡El Reino de los Gatos!

¡Bienvenidos! ¡Benvinguts! ¡Ongi etorri! ¡Welcome! ¡Bienvenue! ¡Benvenuti!
¡Willkommen! ¡Bem-vindo! ¡welkom! ¡καλωσόρισμα! ¡Grata! ¡ยินดีต้อนรับ!
¡дoбpeдoждe! ¡Üdvözöljük! ¡chào mừng! ¡Mile widziane! ¡xoş! !مرحبا بكم!

Por favor, no ofrezcan comida a los gatos, siéntense cómodos y no duden en preguntar al guía que les acompaña en caso de duda. Muchas gracias y disfruten del recorrido.